

Gayle Forman

YO
.....
ESTUVE
.....
AQUÍ



P U C K

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay – Venezuela

Gayle, Forman

Yo estuve aquí / Forman Gayle. - 1a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Puck, 2016.

288 p. ; 21 × 14 cm.

ISBN 978-950-788-244-9

1. Novela. I. Título.

CDD 813

Título original: *I Was Here*

Editor original: Viking, Published by the Penguin Group (USA) LLC, New York

Traducción: Camila Batlles Vinn

«Fireflies» performed by Bishop Allen, used with permission from Justin Rice and Christian Rudder courtesy of Superhyper/ASCAP

«Firefly» performed by Heavens to Betsy, used with permission from Corin Tucker courtesy of Red Self Music/ASCAP.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2015 by Gayle Forman, Inc.

All Rights Reserved

© de la traducción 2015 by Camila Batlles Vinn

© 2015 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.mundopuck.com

ISBN: 978-950-788-244-9

E-ISBN: 978-84-9944-924-1

Ediciones Urano, S.A. – Argentina

Paseo Colón 221, Piso 6, C1063ACC, Buenos Aires, Argentina

info@edicionesurano.com.ar

1.ª edición argentina

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en PRINTING BOOKS S.A.

Mario Bravo 835, Avellaneda – Buenos Aires – Argentina

Febrero 2016

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Para Suzy Gonzales



1

El día siguiente a la muerte de Meg, recibí esta carta:

Lamento comunicarte que me he quitado la vida. Tomé esta decisión hace tiempo, y la tomé yo sola. Sé que te causará un gran dolor, y lo lamento, pero te pido que comprendas que necesitaba poner fin a mi dolor. Esto no tiene nada que ver contigo, sino únicamente conmigo. Tú no tienes la culpa.
Meg

Meg envió por correo electrónico copias de esta carta a sus padres y a mí, y también al Departamento de Policía de Tacoma, junto con otra nota informándoles del motel en el que se alojaba, la habitación en la que se hallaba, el veneno que había ingerido, y cómo debían manipular de forma segura su cadáver. Sobre la almohada de la habitación del motel había otra nota —indicando a la camarera que llamara a la policía y que no tocara su cuerpo—, junto con una propina de cincuenta dólares.

Programó el envío de los correos electrónicos con retardo, para que ella ya hubiera muerto cuando los recibiéramos.

Como es natural, yo no supe nada de eso hasta más tarde. De ahí que cuando leí por primera vez el correo electrónico de Meg en el ordenador de la biblioteca pública de nuestra ciudad, pensé que



..... Gayle Forman

era una broma. Una broma pesada. Llamé a Meg, y en vista de que no respondía, llamé a sus padres.

—¿Habéis recibido el correo electrónico de Meg? —les pregunté.

—¿Qué correo electrónico?



2

Hay funerales. Y vigiliias. Y círculos de oración. A veces cuesta distinguir unos de otros. En las vigiliias, sostienes velas, pero a veces también lo haces en los círculos de oración. En los funerales, la gente conversa, pero ¿qué puedes decir?

Era terrible que Meg hubiera muerto. Que se hubiera suicidado. La habría matado yo por someterme a todo esto.

—¿Estás lista, Cody? —me pregunta Tricia.

Es un jueves por la tarde, a última hora, y vamos a asistir a la quinta ceremonia que se celebra este mes. Creo que es una vigilia con velas.

Salgo de mi dormitorio. Mi madre se sube la cremallera del vestido de cóctel negro que se compró en Goodwill, la tienda de beneficencia, después de la muerte de Meg. Se lo ha puesto para asistir al funeral y a los oficios religiosos, pero estoy segura de que cuando esto haya pasado, lo utilizará para ir de fiesta. Está muy atractiva con él. Como a mucha gente en esta ciudad, el luto le sienta bien.

—¿Aún no te has vestido? —me pregunta.

—Mis conjuntos más bonitos están sucios.

—¿Qué conjuntos más bonitos?

—Vale, todos mis conjuntos vagamente fúnebres están sucios.

—Eso nunca te ha importado.

Mi madre y yo nos miramos cabreadas. Cuando cumplí ocho años, Tricia declaró que ya era lo bastante mayor para hacer mi



colada. Odio hacer la colada. Ya puedes imaginarte cómo acaba todo esto.

—No entiendo por qué tenemos que ir a otra ceremonia —digo.

—Porque la gente tiene que elaborar el duelo.

—El queso hay que elaborarlo. Lo que la gente tiene que hacer es buscarse otro drama con el que distraerse.

Nuestra ciudad tiene mil quinientos setenta y cuatro habitantes, según reza el desteñido letrero en la autopista. «Mil quinientos setenta y tres —dijo Meg cuando en otoño pasado se escapó para estudiar en la universidad en Tacoma con una beca—. Mil quinientos setenta y dos cuando te vengas a Seattle y nos instalemos en un apartamento», añadió.

Ahora ha quedado en mil quinientos setenta y tres, y sospecho que se quedará así hasta que muera o nazca otra persona. La mayoría de la gente no se va nunca de aquí. Incluso cuando Tammy Henthoff y Matt Parner abandonaron a sus respectivos cónyuges para fugarse juntos —el notición del que todo el mundo hablaba antes del suicidio de Meg—, se trasladaron a un campin de autocaravanas en las afueras de la ciudad.

—¿Es necesario que yo vaya? —No sé por qué me molesto en preguntarlo. Tricia es mi madre, pero no una autoridad en esa materia. Sé que tengo que ir, y sé por qué. Por Joe y por Sue.

Son los padres de Meg. Es decir, lo eran. Siempre me confundo con los tiempos verbales. ¿Deja uno de ser el padre o la madre de alguien porque esa persona haya muerto? ¿Porque haya muerto apostá?

Joe y Sue están destrozados por el dolor; sus ojeras son tan pronunciadas que no creo que desaparezcan nunca. Y es por ellos que saco mi vestido menos apestoso y me lo pongo. Dispuesta a cantar. Otra vez.

Gracia sublime. Qué Infame Sonido.*

* *Amazing Grace* es un himno cristiano que dice: «Gracia sublime, qué dulce sonido...» (*N. de la T.*)



3

He escrito una docena de panegíricos mentales para Meg, imaginando todas las cosas que podría decir de ella. De cómo nos conocimos durante la primera semana en la guardería, del dibujo que me hizo de nosotras, con los nombres de las dos, y unas palabras que no comprendí porque, a diferencia de ella, aún no sabía leer ni escribir. «Dice “mejores amigas”», me explicó. Y como todas las cosas que Meg deseaba o predecía, resultó ser verdad. Quizás hable de ese dibujo, que todavía conservo. Está en una caja de herramientas metálica en la que guardo todas mis cosas más importantes; está arrugado debido al paso del tiempo y las veces que lo he mirado.

O podría hablar de la habilidad que tenía Meg de saber cosas sobre las personas que ellas mismas desconocían. Sabía el número exacto de veces seguidas que solemos estornudar; al parecer, obedece a un patrón. Yo tres; Scottie y Sue cuatro; Joe dos; Meg cinco. También recordaba lo que llevabas puesto en todas las fotografías que te hacías en cada Halloween. Meg era como el archivo de mi historia. Y su creadora, porque casi todas las fiestas de Halloween las pasaba con ella, por lo general vestida con un disfraz que ella se había inventado.

O podría hablar de su obsesión por las canciones sobre luciérnagas. Empezó en tercero de secundaria, cuando compró un *single*



de vinilo de una banda llamada Heavens to Betsy. Me llevó a su habitación y puso el disco rayado en un viejo tocadiscos que había comprado por un dólar en una subasta organizada por la iglesia, y que había reparado ella misma con ayuda de unos vídeos tutoriales de YouTube. *Nunca sabrás lo que se siente al iluminar el cielo. Nunca sabrás lo que se siente al ser una luciérnaga*, cantaba Corin Tucker con una voz tan potente y vulnerable a la vez que parecía casi sobrenatural.

Después del descubrimiento de Heavens to Betsy, Meg se propuso localizar todas las buenas canciones sobre luciérnagas que se habían compuesto. Como era previsible en ella, a las pocas semanas había reunido una exhaustiva lista. «¿Has visto alguna vez una luciérnaga?», le pregunté mientras confeccionaba su lista de canciones.

Yo sabía que no. Al igual que yo, Meg no había pasado del este de las Montañas Rocosas. «Tengo tiempo», respondió, abriendo los brazos para demostrar cuánta vida había ahí fuera, esperándola.

Joe y Sue me pidieron que pronunciara unas palabras durante el primer oficio religioso, el más importante, que debía celebrarse en la iglesia católica a la que asistían los García desde hacía tiempo, pero no pudo ser, porque el padre Grady, aunque era amigo de la familia, era un hombre que acataba las normas a pies juntillas. Dijo a los García que Meg había cometido un pecado mortal y que su alma no sería admitida en el cielo, ni su cuerpo en un cementerio católico.

Eso es en teoría. La policía tardó bastante tiempo en entregar el cadáver a la familia. Al parecer, el veneno que Meg había ingerido era muy raro, aunque a nadie que la conociera le habría sorprendido ese detalle. Meg no llevaba nunca ropa comprada en unos grandes almacenes, siempre escuchaba a bandas musicales de las que nadie había oído hablar. Como es natural, decidió ingerir un veneno rarísimo.





Por tanto, el ataúd sobre el que todo el mundo lloró durante ese primer e importante funeral estaba vacío, y no hubo un entierro. Oí al tío de Meg, Xavier, comentar a su novia que quizá sería mejor que no hubiera un entierro. Nadie sabía qué escribir en la lápida. «Todo suena como un reproche», dijo.

Yo traté de escribir un panegírico para el funeral. Saqué el disco de canciones sobre luciérnagas que Meg había escuchado hasta la saciedad para inspirarme. El tercer tema era uno de Bishop Allen titulado «Luciérnagas». No sé si yo había escuchado realmente la letra antes, porque cuando lo hice ahora, fue como si Meg me propinara un bofetón desde la tumba: *Dice que todavía puedes perdonarla. Y que ella te perdonará a ti.*

Pero no sé si puedo hacerlo. Y no sé si ella lo hizo.

Dije a Joe y a Sue que lo sentía, pero que no podía pronunciar un panegírico porque no sabía qué decir.

Era la primera vez que les mentía.

La ceremonia de hoy va a celebrarse en el Club Rotario, de modo que no es uno de los oficios religiosos oficiales, aunque al parecer el orador es un reverendo. No sé de dónde han salido todos esos oradores, porque en realidad no conocían a Meg. Después de la ceremonia, Sue me ha invitado a otra recepción en su casa.

Yo pasaba tanto tiempo en casa de Meg que sabía de qué humor estaba Sue según el olor que percibía al entrar. Mantequilla indicaba que había preparado algo en el horno, lo cual significaba que estaba tristonza y necesitaba que la animaran. Un olor picante indicaba que estaba contenta y había preparado comida mexicana para Joe, aunque a ella le hacía daño al estómago. Palomitas significaba que estaba acostada en la cama, a oscuras, que no iba a cocinar, y que Meg y Scottie tenían que arreglárselas solos, lo que significaba un bufé de bocaditos calentados en el microondas. En esas ocasiones, Joe bromeaba comentando la suerte que teníamos Meg, Scottie y yo de po-





der darnos un atracón de cosas que nos gustaban mientras él subía a ver cómo estaba Sue. Nosotros le seguíamos el juego, pero por lo general, después de la segunda o tercera salchicha envuelta en masa de pan y calentada al microondas, te entraban ganas de vomitar.

Conozco a los García tan bien que, cuando les llamé la mañana que recibí el correo electrónico de Meg, sabía que, aunque eran las once de un sábado, Sue estaría aún en la cama, pero despierta; decía que nunca había podido seguir durmiendo cuando sus hijos dejaron de despertarla temprano. Y Joe habría preparado café y habría desplegado el periódico matutino en la mesa de la cocina. Scottie estaría mirando dibujos animados en la televisión. Una de las numerosas cosas que me gustaban de la casa de Meg era la regularidad. Tan distinta de la mía, donde Tricia no solía levantarse nunca antes del mediodía, y algunos días la encontrabas en la cocina preparando los tazones de cereales, y otros no la encontrabas en ningún sitio.

Pero ahora se ha impuesto otro tipo de regularidad en casa de los García, mucho menos atrayente. No obstante, cuando Sue me invita a ir, por más que preferiría rechazar su invitación, no lo hago.

El número de coches aparcados frente a la casa es más reducido que los primeros días, cuando toda la ciudad acudió a ofrecer sus condolencias llevando fuentes de Pyrex con comida. Era un poco duro aceptar esos platos que habían preparado los vecinos junto con la frase de rigor, «os acompaño en el sentimiento». Porque por toda la ciudad, los chismorreos proliferaban. «No me ha sorprendido. Esa chica siempre fue un bicho raro», oía yo murmurar a la gente en K Circle. Meg y yo sabíamos que algunas personas decían ese tipo de cosas sobre ella —en nuestra ciudad ella era como una rosa que crece en el desierto: confundía a la gente—, pero con su muerte ese sentimiento dejó de parecer una virtud.

Y no iban sólo a por Meg. En el bar donde trabaja Tricia, oí a un par de cotillas de la ciudad criticando a Sue. «Como madre, yo sabría





si mi hija tenía tendencias suicidas.» Esto dicho por la madre de Carrie Tarkington, que se había acostado con la mitad del colegio. Estuve a punto de preguntar a la señora Tarkington si, ya que lo sabía todo, también estaba enterada de *eso*. Pero en ese momento su amiga respondió. «¿Sue? ¿Estás de broma? Esa mujer está casi siempre flotando en el espacio», y la crueldad de esas personas fue como una puñalada. «¿Cómo os sentirías si acabarais de perder a vuestra hija, pedazo de zorras?», les solté. Tricia tuvo que acompañarme a casa.

Después de la ceremonia de hoy mi madre tiene que trabajar, de modo que me deja en casa de los García. Entro sin llamar. Joe y Sue me abrazan con fuerza y durante largo rato, lo cual hace que me sienta incómoda. Sé que mi presencia les procura cierto consuelo, pero cuando Sue me mira me parece oír sus preguntas silenciosas, y sé que todas se reducen a una: *¿Tú lo sabías?*

Yo no sabía qué habría sido peor. Si saberlo y no habérselo dicho a ellos. O la verdad, que es que, aunque Meg era mi mejor amiga y yo le había contado todo lo que se puede contar sobre mí y suponía que ella había hecho lo mismo, no lo sabía. No tenía ni idea.

«Tomé esta decisión hace tiempo», escribió Meg en su nota. ¿Hace tiempo? ¿Cuánto? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años? La conocía desde la guardería. Fuimos amigas íntimas, casi hermanas, desde entonces. ¿Cuánto hace que tomó esta decisión sin decírmelo? Y lo que es más importante, ¿por qué no me lo dijo?

Después de permanecer sentados en afligido y educado silencio durante unos diez minutos, Scottie, el hermano de diez años de Meg, se me acerca llevando de la correa a *Samson*, el perro de ambos, que ahora es de él.

—¿Un paseíto? —pregunta, dirigiéndose tanto a mí como a *Samson*.

Yo asiento con la cabeza. Scottie es el único que sigue comportándose como de costumbre, quizá porque es pequeño, aunque no





tanto, y él y Meg estaban muy unidos. Cuando Sue desaparecía sumida en uno de sus melancólicos estados de ánimo y Joe se iba a cuidar de ella, Meg hacía de madre a Scottie.

Estamos a finales de abril, pero nadie ha avisado de ello al tiempo. Sopla un viento recio y frío, con saña. Nos encaminamos hacia el extenso y desierto prado donde todo el mundo lleva a sus perros a hacer caca, y Scottie suelta a *Samson*. El perro sale corriendo, jubiloso, feliz en su ignorancia canina.

—¿Cómo te sientes, Runtmeyer? —pregunto, utilizando el viejo y chusco apodo que le habíamos puesto a Scottie, aunque ya sé cómo se siente. Pero como Meg ya no puede hacerle de madre y Sue y Joe están hundidos en su dolor, alguien tiene que preguntárselo.

—He llegado al nivel seis de Fiend Finder —responde el niño. Se encoge de hombros—. Ahora podré jugar siempre que quiera.

—Un beneficio añadido. —Me tapo la boca con la mano. Mi agrio humor negro no es apto para consumo público.

Pero Scottie emite una áspera carcajada, demasiado cínica para un chaval de su edad.

—Ya. Tienes razón. —Se detiene y observa a *Samson* olfatear los cuartos traseros de un perro pastor escocés.

De camino a casa, el animal empieza a tirar de la correa porque sabe que le van a dar de comer.

—¿Sabes lo que no entiendo? —me pregunta Scottie.

Como supongo que seguimos hablando de videojuegos, no estoy preparada para lo que dice a continuación.

—No entiendo por qué Meg no me envió también esa nota.

—¿Tienes una dirección de correo electrónico? —pregunto.

Como si ésa fuera la razón por la que no se la hubiera enviado.

Scottie pone los ojos en blanco.

—Tengo diez años, no dos. Tengo una desde que estaba en tercero de primaria. Meg me enviaba mensajes todos los días.

—Bueno, seguramente..., seguramente quería ahorrarte el disgusto.





Durante un segundo, los ojos de Scottie parecen tan hundidos y ojerosos como los de sus padres.

—Ya, me ha ahorrado el disgusto.

En casa de los García, los invitados empiezan a marcharse. Veo a Sue tirar una cazuela de atún al cubo de la basura. Me mira con gesto culpable. Cuando voy a despedirme de ella con un abrazo, me detiene.

—¿Puedes quedarte? —me pregunta con ese tono tan quedo que tiene, tan distinto del tono parlanchín de Meg. Ella tenía una voz con la que lograba que los demás hicieran lo que fuera cuando ella quería.

—Pues claro.

Sue me invita a pasar a la sala de estar, donde Joe está en el sofá, con la mirada perdida, sin prestar atención a *Samson*, que está sentado a sus pies implorándole que le dé de comer. Lo miro a la tenue luz vespertina. Meg se parecía a él, con sus oscuros rasgos mexicanos. Parece haber envejecido mil años en un mes.

—Cody —dice. Una palabra. Que basta para hacerme romper a llorar.

—Hola, Joe.

—Sue quiere hablar contigo. Los dos queremos hablar contigo.

El corazón empieza a latirme con furia, porque temo que por fin me pregunten si sabía algo. Tuve que responder a las preguntas de rigor que me hizo la policía cuando ocurrió esto, pero tenían más que ver con cómo había obtenido Meg el veneno, y yo no sabía nada de eso, salvo que, cuando ella quería algo, generalmente hallaba el medio de conseguirlo.

Después de su muerte, busqué en Internet todos los signos de suicidio. Meg no me regaló ninguna de sus pertenencias más valiosas. No hablaba sobre quitarse la vida. Bueno, decía cosas como «Si la señora Dobson nos pone otra prueba escrita por sorpresa, me pego un tiro», pero creo que eso no cuenta.





Sue se sienta junto a Joe en el gastado sofá. Se miran durante medio segundo, pero es como si hacerlo les doliera demasiado. Se vuelven hacia mí. Como si yo fuera Suiza.

—El curso en Cascades termina el mes que viene —me informan.

Asiento. La Universidad de Cascades es una prestigiosa institución de enseñanza privada donde Meg obtuvo una beca. El plan era que las dos nos mudáramos a Seattle después de graduarnos en el instituto. Veníamos hablando de ello desde tercero de secundaria. Las dos estudiaríamos en la Universidad de Washington, compartiendo una habitación en la residencia estudiantil durante los dos primeros años, luego viviríamos fuera del campus hasta finalizar nuestros estudios. Pero Meg había conseguido esta increíble beca completa en Cascades, un plan mucho más atractivo que el que ofrecía la Universidad de Washington. En cuanto a mí, había sido admitida en la UW, pero sin ningún tipo de beca. Tricia había dejado muy claro que no podía ayudarme. «Por fin he logrado saldar todas mis deudas.» De modo que al final yo había desistido de estudiar en la UW y había decidido quedarme en la ciudad. Mi plan era estudiar dos años en un centro universitario donde se imparten cursos de dos años y luego trasladarme a Seattle para estar con Meg.

Joe y Sue guardan silencio. La observo a ella morderse las uñas. Tiene las cutículas destrozadas. Por fin alza la vista.

—En la universidad se han portado muy bien; se han ofrecido para recoger todas las cosas que tenía Meg en su habitación y enviárnoslas, pero no soporto la idea de que un extraño toque sus pertenencias.

—¿Y sus compañeros de residencia?

La Universidad de Cascades es pequeña y dispone de muy pocas residencias estudiantiles. Meg vive —vivía— fuera del campus, en una vivienda que compartía con otros estudiantes.

—Por lo visto, han cerrado su habitación y lo han dejado todo como estaba. El alquiler está pagado hasta el final del trimestre,





pero tenemos que vaciar su habitación y traerlo todo... —La voz de Sue se quiebra.

—A casa —remata Joe.

Tardo un segundo en comprender lo que quieren, lo que me están pidiendo. Al principio me siento aliviada porque significa que no tengo que confesar que ignoraba lo que Meg se proponía hacer. Que la vez en su vida que más me necesitaba, yo le había fallado. Pero de pronto el peso de lo que me piden patina y aterriza sobre mi estómago. Lo que no significa que no lo vaya a hacer. Lo haré. Por supuesto que lo haré.

—¿Queréis que vaya a recoger sus cosas? —pregunto.

Ellos asienten. Yo también. Es lo menos que puedo hacer.

—Cuando terminen tus clases, desde luego —dice Sue.

Oficialmente, mis clases terminan el mes que viene. Extraoficialmente, terminaron el día que recibí el correo electrónico de Meg. Desde entonces no he hecho más que recolectar suspensos.

—Y si puedes ausentarte unos días del trabajo —apostilla Joe.

Lo dice con tono respetuoso, como si yo tuviera un empleo importante. Limpio casas. Las personas para las que trabajo, como todo el mundo en esta ciudad, saben lo de Meg y han sido muy amables, diciéndome que me tome todo el tiempo que necesite. Pero lo que necesito no son horas libres para pensar en lo que ha hecho Meg.

—Puedo ir en cualquier momento —respondo—. Mañana, si queréis.

—Meg no tenía muchas cosas. Puedes llevarte el coche —dice Joe.

Los García solo tienen un coche, y planean sus jornadas como una expedición de la NASA para que Sue pueda dejar a Joe en su trabajo y llevar a Scottie al colegio e ir ella a su trabajo y luego recogerlos a todos al final del día. Los fines de semana es más de lo mismo: hacer la compra en el supermercado y todos los recados que no tienen tiempo de hacer durante la semana. Yo no tengo coche. A veces, muy de vez en cuando, Tricia me deja el suyo.





—Puedo ir en autobús. Meg no tiene tantas cosas. No tenía.

Parecen aliviados.

—Te pagaremos los billetes de ida y vuelta. Cualquier caja que no puedas traer tú puedes enviarla por UPS —dice Joe.

—Y no tienes que traer todas sus cosas. —Sue hace una pausa—. Sólo las más importantes.

Asiento. Me miran con tal expresión de gratitud que desvío la vista. El viaje no es nada: un recado de tres días. Un día para llegar allí, un día para recoger las cosas y otro para regresar a casa. Es el tipo de favor que Meg se habría brindado a hacer sin que tuvieran que pedírselo.

